

Hojitas de Fe

Dios es quien justifica

73

7. Los Sacramentos

Mi Misa de cada día

Muchos fieles sienten la ausencia de la verdadera Misa católica, ya sea de manera regular, porque no tienen cerca alguna capilla o priorato donde se celebre, ya sea de manera ocasional, con motivo de algún viaje o de las vacaciones. A todos ellos queremos ofrecerles, en esta **Hojita de Fe**:

1º Primeramente algunos textos de Monseñor Marcel Lefebvre, dirigidos a las diferentes categorías de miembros de la Fraternidad, en los que se resalta la importancia de situar la Santa Misa en el corazón mismo de la vida cristiana y consagrada.

2º Y luego un método sencillo para unirse espiritualmente a la Misa a la que no pueden asistir físicamente, santificando así el domingo según el espíritu de la Iglesia.

1º Textos de Monseñor Lefebvre sobre la Misa.

1º Estatutos de la Fraternidad. — Estos son los principios que Monseñor Lefebvre enunciaba para todos los miembros de la Fraternidad, particularmente para los sacerdotes:

«*La Fraternidad es esencialmente apostólica, porque el SANTO SACRIFICIO DE LA MISA lo es también... Por eso, los miembros de la Fraternidad... viven totalmente orientados hacia el SACRIFICIO DE LA MISA, que prolonga la sagrada Pasión de Nuestro Señor»* (I, 2 y 3).

«*El fin de la Fraternidad es... orientar y realizar la vida del sacerdote hacia lo que es esencialmente su razón de ser: EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA, con todo lo que él significa, todo lo que de él procede, todo lo que lo complementa»* (II, 1 y 2).

«*Por eso, los miembros de la Fraternidad tendrán una verdadera y continua devoción por su SANTA MISA, por la liturgia que la aureola... Tendrán muy a pecho hacer todo lo posible para preparar espiritual y materialmente los santos Misterios. Un conocimiento teológico profundo del SACRIFICIO DE LA MISA los convencerá cada vez más de que en esta realidad sublime se realiza toda la revelación, el misterio de la fe, la consumación de los misterios de la Encarnación y de la Redención, y toda la eficacia de su apostolado»* (II, 3).

2º Constituciones de las Hermanas. — La vida religiosa, por definición y naturaleza, se basa en el deseo de unirse a la inmolación de Nuestro Señor Jesucristo, esto es, a su sacrificio, por la salvación de las almas:

«La vida religiosa no puede subsistir ni definirse sin una relación profunda con la fe sobrenatural y sin una **estrecha conexión con la oblación de Jesús sobre la cruz y sobre el altar**. Por eso, el primer motivo de su donación total a Nuestro Señor consistirá en esta **aspiración a ofrecerse con la divina Víctima, a imagen y en seguimiento de Nuestra Señora de la Compasión**» (III, 11).

«El espíritu de las Hermanas de la Fraternidad San Pío X está **centrado enteramente en la devoción al SANTO SACRIFICIO DE LA MISA...** Las Hermanas tendrán una devoción verdadera y profunda al SANTO SACRIFICIO DE LA MISA, a todo lo que él significa, todo lo que de él procede y todo lo que lo complementa» (III, 12).

«Las religiosas meditarán con frecuencia cuán importante es para ellas **vivir cada día su profesión, es decir, su oblación con la divina Víctima del altar** y con la Virgen María que se ofrece al pie de la Cruz. Toda su vida debe estar impregnada de esta disposición fundamental que las hace agradables a Dios y útiles a la obra de salvación realizada sin cesar por la Iglesia» (VII, 109).

3º Reglamento de los Seminarios. — El mismo espíritu que anima a los sacerdotes y religiosas de la Fraternidad, debe animar ya a los seminaristas desde sus años de formación en el Seminario:

«[Los seminaristas] anhelarán **hacer del SACRIFICIO EUCARÍSTICO el alma de su vida sacerdotal** y, por lo tanto, de su vida de aspirantes al sacerdocio. Toda su vida de oración y sus ejercicios de religión se orientarán hacia el SACRIFICIO DE LA MISA. Las oraciones de la jornada y su meditación expresarán su **deseo de ofrecerse a Dios con Jesús Hostia, de participar en sus sacrificios expiatorios, de unirse a su alabanza y a sus acciones de gracias**. Aspirarán a vivir esta vida de oración desde el Seminario, persuadidos de que ella será el alma de su apostolado» (Directorio, 8).

4º Espíritu de la Fraternidad. — Finalmente, dirigiéndose a la Orden Tercera de la Fraternidad, formada por fieles deseosos de vivir según el espíritu de la Fraternidad, Monseñor Lefebvre daba la siguiente pauta:

«El espíritu de la Fraternidad es ante todo el espíritu de la Iglesia, y por tanto sus miembros, sacerdotes, hermanos, hermanas, oblatas, terciarios, se esfuerzan por conocer cada vez mejor el misterio de Cristo, tal como lo describe San Pablo en sus epístolas, y especialmente en las dirigidas a los Efesios y a los Hebreos. Descubriremos entonces lo que ha guiado a la Iglesia durante veinte siglos, y comprenderemos la importancia que da al SACRIFICIO DE NUESTRO SEÑOR y, por ende, al sacerdocio. Profundizar este gran misterio de nuestra fe que es la SANTA MISA, tener por él una devoción sin límites, ponerlo en el centro de nuestros pensamientos, de nuestros corazones, de toda nuestra vida interior, será vivir del espíritu de la Iglesia» (Artículo 2).

En todos estos textos vemos la importancia que nuestro Fundador concedía a la Santa Misa como centro de nuestra vida interior. Repetidamente nos invita:

- a poner la Santa Misa en el centro de nuestros pensamientos, de nuestros corazones, de toda nuestra vida interior;
- a orientar toda nuestra jornada hacia la Misa, y a hacer de esa jornada una prolongación de la Misa a la que asistimos por la mañana;

• a unirnos interiormente a los sentimientos de Víctima de Nuestro Señor Redentor y de Nuestra Señora Corredentora.

Todo ello no es una simple expresión literaria, sino la verdadera razón de ser de una vida cabalmente católica, especialmente si se trata de una vida consagrada: entregarse a Jesús para inmolarse en unión con El para gloria de Dios, para la propia santificación y para la salvación de las almas. Como la vida de Jesús, es en sí misma y por naturaleza una Misa.

En una próxima Hojita de Fe se explicará más detenidamente el modo práctico de convertir en una Misa cada uno de nuestros días. Limitémonos aquí, según lo arriba dicho, a facilitar un método para unirse espiritualmente a ella cuando no podamos asistir físicamente.

2º Mi Misa de cada día.

Quizás no pueda asistir a la Santa Misa todos los días. Pero sí puedo rezar «mi Misa»... En el silencio matutino o vespertino de mi habitación, en mi taller, en mi oficina, en mi estudio... Puedo rezar «mi Misa» uniéndome al Santo Sacrificio que se está ofreciendo sobre todos los altares católicos del mundo. Y «mi Misa» comienza así:

1º Mi purificación. — Como el sacerdote al pie del altar... Comenzaré purificando mi alma. Mi acto de contrición... Con sinceridad: Dios mío, te amo; perdón y misericordia.

2º Mi renovación de fe. — Y así purificado, renovaré mi fe... Con la lectura de un texto de la Sagrada Escritura en la que no falte la porción evangélica, o con la recitación pausada del Credo.

Creo en Dios, mi Padre, mi Creador...

Creo en Jesucristo, su Hijo, mi Redentor...

Creo en el Espíritu Santo, mi Santificador...

Creo en la Santa Madre Iglesia...

Creo en mi Bautismo, en la Comunión de los Santos... Creo en la vida eterna... Amén.

3º Mi ofertorio. — Es despertar en mí una voluntad de entrega. Es un deseo sincero de ofrecimiento...

Todo mi día, mis oraciones y trabajo, entregados al Señor, como la gota de agua que se derrama en el cáliz del Sacrificio...

Mi vida unida con CRISTO... Para gloria del Padre... En reparación de todos los pecados... Por mis necesidades personales y familiares... Por las necesidades del Apostolado... Por las intenciones del Papa... Por las necesidades de la Iglesia y del mundo... Por nuestra Fraternidad de San Pío X y su gran combate contra el liberalismo.

Este sincero deseo de entregarme prepara mi consagración.

4º Mi consagración. — Es la realización de mi ofertorio: El momento más solemne de «mi Misa». Es un transformar mi vida en Jesús... Es un consagrar mi vida al AMOR... Y mi consagración puede ser así:

«¡Divino Corazón de Jesús! Por medio del Corazón Inmaculado de María Santísima, te ofrezco todas mis oraciones, obras y padecimientos de este día en reparación de nuestros pecados y por todas las intenciones por las que te inmolas continuamente en el Santísimo Sacramento del Altar. Te ofrezco todo esto en especial por la libertad y exaltación de nuestra Santa Madre Iglesia».

Mi consagración está hecha. Ahora tengo que vivirla, las veinticuatro horas del día, cumpliendo con amor mi deber de estado.

5º Padrenuestro. — Es la gran oración del cristiano... Son las grandes intenciones del Corazón de Jesús... Lo rezaré lentamente... Es mi preparación para la Comunión... PADRE NUESTRO QUE ESTÁS EN LOS CIELOS...

6º Mi comunión. — Es la consumación de «mi Misa». Quizá no pueda comulgar hoy sacramentalmente. Haré, por lo menos, una Comunión Espiritual...

La Comunión espiritual es esto: un acto de fe en la presencia de Cristo en la Eucaristía. Un deseo sincero de recibirla espiritualmente en mi corazón... Puedo hacerlo así:

«Ven, Señor Jesús, y quédate conmigo. Dame tu gracia para ser fiel a tus mandamientos. Dame tu gracia para que jamás me aparte de Ti. Amén».

Y en el silencio de mi corazón uniré mi vida con la de Cristo, y El me dará su gracia para mi combate de hoy.

7º «Mi Misa» va a terminar. — «Mi Misa» llega a su fin. Tengo por cierto que Dios me devolverá centuplicado el obsequio de mi sacrificio.

Y ahora pongo fin a «mi Misa» como los sacerdotes en nuestras iglesias. Va a ser mi acción de gracias como final de mi sacrificio. Diré pausadamente tres veces aquella hermosa salutación del ángel a la SIEMPRE VIRGEN MARÍA, completada posteriormente por el amor filial de la Iglesia a su Madre y Reina. DIOS TE SALVE MARÍA... DIOS TE SALVE, REINA Y MADRE DE MISERICORDIA...

Quizá las rece por mis intenciones particulares... Pero me acordaré de que los sacerdotes piden por la conversión del mundo, y de que el Papa Pío XI pidió que se rezaran estas oraciones por la conversión de Rusia. Pediré, pues, para que el Papa consagre Rusia al Corazón Inmaculado de María, para que revele el tercer secreto de Fátima, para que la Jerarquía de la Iglesia vuelva a la fidelidad de la Tradición, y en fin, por el triunfo de los Sagrados Corazones de Jesús y de María.